MANUEL MANZANO-MONIS

HONDARRIBIKO LIBURUTEGIA

FUENTERRABIA, BASTION DE ESPAÑA

Udal Liburutegia / Hondarribia
Fuenterrabía, bastión de España
MANZANO MONIS, Manuel
72 MAN fue
3160410

MADRID
1962

MEMORIA DESCRIPTIVA

A Luis de Uranzu, pluma del

Bidasoa y eco de Fuenterrabía.

Manuel Manzano-Monís

Madrid, 1962

SUMARIO

Nota preliminar.

Preambulo.

Consideraciones frente a la historia.

Fuenterrabia como fortaleza.

Las fortificaciones exteriores.

Las estampas.

El Castillo de Carlos V.

El proyecto.

Criterio de una restauracion.

Nota adicional al estudio historico.

NOTA PRELIMINAR

Este trabajo se debe, en primer término, a la iniciativa del Alcalde de Fuenterrabía, don José Ramón Fernández de Casadevante, cuya preocupación por conservar su histórica ciudad le llevó a encargarnos este trabajo. En segundo lugar, al aliento y a la ayuda de dos personas que me asistieron en todo momento durante el desarrollo de este estudio con una colaboración cordial y generosa: don Luis Rodríguez Gal y don Jaime Rodríguez Salís. Todo empeño requiere esfuerzo y a la postre satisfacción por un deber cumplido.

Sirvan estas líneas para expresarles a los tres mi agradecimiento, y para que compartan mi alegría en prueba de amistad y recuerdo.

Madrid, 3 de julio de 1962.

PLAN DE ORDENACION PARCIAL DEL CASCO ANTIGUO DE LA CIUDAD DE FUENTERRABIA

PREAMBULO

No hemos pretendido, al hacer este estudio, agotar la bibliografía ondarrabitarra. Solo se ha escogido lo más indispensable de su proceso histórico para recomponer, con el mayor número de datos, el esquema urbano que nos dejó la ciudad en su momento más importante. A causa de este estudio, creemos muy merecidamente para Fuenterrabía, que su curioso archivo municipal necesita la atención de un experto que amenice y divulgue todos aquellos asuntos que, dormidos en los legajos, desfilan ante la vista del curioso en procesión continuada, quizás con un prurito demasiado formalista. Ordenado aquél hace años por don Serapio Múgica, podría completarse con la documentación que existe en Simancas, con la publicación de los planos del Servicio Histórico Militar, con la magnífica colección que posee el servicio cartográfico del Ministerio del Ejército, con la escasa ilustración que se guarda en la sección de estampas de la Biblioteca Nacional y, por último, con la que archiva la Diputación de Guipúzcoa, para recomponer de esta manera en un libro sobre Fuenterrabía, todo lo que por esta España anda suelto, dicho a voces al azar por alguien como pregonero de patio viejo, escrito por desvelo en alguna página de un periódico o escuchado en una conferencia ocasional con motivo de un cente-

nario. Nada más desconsolador que esta contemplación de nuestra lejana historia, hecha girones en los vericuetos de las estanterías, olvidada y marchita, sin una mano de escritor o de erudito que las vigorice, sin un impulso generoso, que las ponga en pie frente al devenir constante de los días, que nos traen nuevas formas de enfocar el pasado, impulsándolo hacia el futuro. Porque esa es la vida y ese es el quehacer constante de los pueblos, que necesitan vitalizar permanentemente su existencia para estar siempre presentes valorando su propio puesto.

CONSIDERACIONES FRENTE A LA HISTORIA

Frente a Fuenterrabía es muy fácil perderse en una lírica conceptual. Todo lo que ella encierra incita a la divagación. Se ha hablado mucho de sus colores inigualables, de sus viejas piedras, de sus fortificaciones, de su palacio y de su iglesia, de todo ese enjambre que pulula entre el moho y la lluvia, entre la ruina y la nostalgia. Desde los romanos a nuestros días, sus hechos se mezclan irremisiblemente con la Historia de España. Y para el historiador o simplemente para el profano con una cierta inquietud bibliográfica, los nombres del venerable Juan de Palafox y Mendoza, tan ponderado en sus descripciones, como verídico en sus críticas; del jesuita José de Moret, cronista y conocidísimo autor de los Anales del Reino de Navarra; el de aquel singular madrileño que se llamó Antonio Bernal de O'Reilly que recogió casi íntegramente en un pequeño opúsculo los hechos relatados por los anteriores; el de Ormaechea y Guerrero, con su discurso apologético; el del general don Luis de Aguilar, arma y pluma contra la correspondencia del Príncipe de Condé; el de don Diego Philippe Xuárez, sobre la grandeza de ánimo de Navarra en Guipúzcoa; el del padre Cristóbal Escudero y el de López Maldonado no son, sino una lista que encua-

dra a Fuenterrabía en el recinto de sus murallas, en el patronímico de los apellidos, en la relación de las personas notables o en algún romance encomiástico del tercer lustro del siglo XVII. Todo un glosario bravío brilla en las páginas, con un amor que late al pulso mismo de las vidas que recorrieron sus calles.

Los nombres de Pérez de Egea, Eguía, Ubilla, Butrón hierven al rescoldo de una emulación singular. Parece que amar a Fuenterrabía era muy fácil, siendo como fue, difícil. No se la amaba, como se dijo en una frase famosa hablando de España, porque no les gustara. No. Era un amor que se exaltaba, por el propio mérito de aquellos perfiles inigualables que se tenían que defender, porque allí estaban puestos desde siglos, entreabiertos entre sus calles y sus murallas. Era la dura lucha de vivir para defenderse, y defenderse para vivir. En estos libros todo parece asomarse extramuros. Es un contenido espíritu el que se encierra dentro del recinto que parece va a estallar de pronto. Cuando febrilmente se recorren estas páginas o se debate uno en los archivos entre apuntes y notas, salta sobre nuestro corazón esta inquietud crónica que nos incita a la aventura apasionante de su defensa. Quizá de todo el recorrido, lo más interesante es la bipolaridad establecida entre Fuenterrabía y el Conde-Duque de Olivares. Quiero recordarlo, porque aquel entrañable lazo que los unió de por vida está recordado de manera magistral por Gregorio Marañón en la inolvidable biografía que dejó escrita sobre «La pasión de mandar».

Decía Marañón que «cada ejército y cada batalla de cada ejército eran para el Válido motivo de increíbles esfuerzos para exprimir de las bolsas agotadas de los vasallos y de los egoístas de muchos de los nobles, el dinero suficiente, que en ocasiones no bastaba ni para vestir y calzar a la tropa, y que milagrosamente completaban los galeones de América, como los que llegaron, repletos de oro, en 1635 y 1637, en momentos de angustioso apuro. El propio Conde-Duque daba ejemplo acudiendo con cuantiosas sumas a los gastos mili-

tares (1). Los hombres útiles escaseaban también, y había que de los campos exhaustos, formando contingentes bisoños, mal arrancarlos, en levas crueles, por la fuerza, de sus casas y instruídos y peor armados. Faltaban también generales y administradores capaces, justificando el lamento que anota Don Gaspar en casi todas sus cartas al Cardenal-Infante: «¡No hay cabezas, Señor, no hay cabezas!» Y aun así, el milagro de la victoria se repetía una y otra vez, con persistencia que da idea fabulosa de la capacidad vital de nuestra raza. Todo lo hacía denodadamente, entre angustias y raptos de entusiasmo de su humor alternativo, el Conde-Duque. Y a ello había que añadir la obra interior de España».

Esta asombrosa angustia del Conde-Duque se confirma también en el párrafo que más adelante señala «la victoria de Fuenterrabía en 1638 marca el apogeo de su poder, al que sigue casi enseguida el tajo profundo de la desgracia. El éxito de Fuenterrabía produjo enorme entusiasmo en el pueblo: por última vez conoció Don Garpar el grato y pérfido ruido del aplauso de la multitud». Por esta causa señalábamos que este lazo estrecho de su recuerdo, es una ilusión perenne en este hombre lleno después de imágenes tristes, porque aquello de Fuenterrabía fue un amor idealizado, como dos cosas distantes que fueron, que es quizás la fórmula más perfecta de la mutua estimación. Jamás se vieron frente a frente. Nunca sintieron la honda emoción que produce el primer encuentro, cuando faltan las palabras y los ojos tienen más fácil expresión; eterno fue su desconocimiento físico. La tensión del espacio que los separaba, aumentaron en la imaginación del ministro de Felipe IV las proporciones que encuadraban aquel reducto, desfigurándolas y agigantándolas.

(1) Hay una considerable documentación sobre esta generosidad patriótica del Conde-Duque, que ni sus adversarios más enconados le pudieron negar. Ericeyra, el historiador portugués, tan hostil a Olivares dice: «De su actividad, destreza y largueza en gastar los propios dineros para buscar los medios y los recursos con que juntar tropas y abastecerlas suficientemente no hay que decir, en cambio, sino alabanzas.»

Aquel nombre —en vasco Ondarrabiá— que significa «fundado sobre la arena» y también «sobre el último río», al decir de Arnaldo Oienharte, puntual historiador de los sucesos vascones, ya que la voz permite ambas etimologías, fue para el político el último gran amor de su mandato, una gran victoria sobre Francia y su ejército, y un postrer éxito muy fugaz, el cual recogió con plena conciencia de encontrar tras él, la ingratitud. Sus desvelos fueron parejos con el vaivén de las aguas que circundaban a Fuenterrabía. Remitidos iban a las mareas y a las murallas que renovaban permanentes lá amistad. Los fosos eran el vaso de aquellas citas, en las que Olivares pensó más de una vez al soñar con los asaltantes franceses. La villa adelantaba sus diedros y sus aristas militares y conversaba con el agua. Recogía ésta el perfil urbano, lo llevaba mar adentro y al cabo volvía de nuevo para lamentarse de la erótica escaramuza de alguna sirena. Estos intervalos eran la angustia del ministro, secas las arenas mientras el mar volvía.

La historia de Fuenterrabía es polliorcética; todo converge hacia el arco y la flecha, hacia el mosquete y la pólvora, hacia el cañón, la brecha y la estacada, como si no pudiera desentenderse de lo medieval y las circunstancias le enfrentaran siempre con el nuevo tiempo. Hasta el amor tuvo allí carácter de tregua y de pacto, forma ésta bastante ortodoxa de unir corazones. La primera ciudad española que soporta la pólvora y las balas extranjeras es ésta. Al final del siglo xv, un curioso urbanista, en forma de incendio, tira las calles a cordel para mejor utilizar las nuevas armas. Se cita este incendio en varios documentos del archivo de Fuenterrabía.

En «Suma de las Cosas Cantábricas y Guipuzcoanas» del bachiller Juan Martínez de Zaldibia, se dice que el incendio se produjo, después de anochecido, el 25 de octubre del año 1498, no salvándose más que muy pocas casas.

El bachiller Juan Martínez de Zaldibia murió en 1575, Según don Fausto Arocena, Zaldibia «debió de residir en Fuenterrabía por los años de 1516. Las insinuaciones de esa

estancia menudean a lo largo de la Suma y las ilustraciones de la historia ondarribiarra tienen varia acogida en el texto de Zaldibia».

Se daba hasta ahora como fecha de redacción de la «Suma de las Cosas Cantábricas y Guipuzcoanas» el año 1560. Pero nuevas investigaciones parecen indicar que, por lo menos, parte de la obra, la escribe Zaldibia hacia el año 1517. Como este señor estuvo en Fuenterrabía por entonces es indudable que recogió noticias frescas del incendio.

La Diputación de Guipúzcoa editó esta obra el año 1945.

La documentación planimétrica demuestra su procedencia castrense. Españoles y franceses señalan con una cierta precisión, no siempre coincidente, fortines, bastiones y baluartes. De un modo o de otro, Fuenterrabía, en trance de jaque, esto aun lo conserva en su espíritu, aguza sus murallas anímicas y mira con ojo avizor cualquier cambio que se presente frente a ella con un gesto un poco rebelde, porque está acostumbrada a vivir sola, a saludar franqueando el paso cuando quiera. Unas veces hace como el río, y otras, en cambio, como los muros que la circundan. Deja correr o tapona.

La preocupación fronteriza de Fuenterrabía fue siempre latente en los gobernantes. Francia nos miraba allí, frente a nuestras costas más levantadas y menos suaves que las suyas. A partir del siglo XVI esta especie de obsesión se hace aún más patente, pues la rivalidad entre el Emperador y Francisco I es el toque de atención sobre el atril para una sinfonía marcial que va a durar siglos. Como una herencia van surgiendo las defensas renovadas, los nuevos baluartes, como aquel de San Felipe, cuyo trazado casi íntegro aun se conserva, y las sucesivas órdenes que se dan para prevenir las defensas. Hubo un decreto del Conde-Duque, anterior a 1638 y al sitio, el cual mandaba sostener una guarnición de mil hombres para vigilancia y custodia de la plaza; quinientos, con propios de Fuenterrabía, y otros tantos de la provincia. La orden no fue cumplida. Más que por nada, porque los guipuzcoanos rehusaban esta contribución, temerosos de que

la costumbre se hiciese ley; forma, ésta, muy lógica por otra parte, de temer que las leyes sean una realidad material y no nominal. Recorte muy español y muy sintomático, además, es esta disposición de ánimo ante el decreto de Olivares, revelador del carácter de nuestra estructuración política de entonces, muy paternal y tolerante.

La encrucijada la tiene Fuenterrabía con el Conde-Duque en el famoso sitio que Condé puso en 1638, España se siente sorprendida y con ella Felipe IV y su ministro. El sobrecogimiento de los ánimos en los primeros consejos, «en los que el mismo querer darse prisa» (1) retrasaba más todos los despachos; las misivas enviadas a la nobleza y a las órdenes militares, los avisos que se ultimaron para los traslados de tropas y de barcos fueron pulsados por Don Gaspar con tino y precisión, ya que descendió a los detalles, incorporó su Coronelía desde Cataluña a Guipúzcoa, no regateó esfuerzo, aportó a las armas nacionales su propio dinero para la empresa y, en suma, fue ayudando a su Rey en cuanto estuvo a su alcance.

Es curioso observar y releer entre apologistas y detractores la pasión hirviente que despertaba el Conde-Duque. En su antagonismo con don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera —al cual hubiera podido muy bien destituirle del mando de las tropas si fuese tan cierto su poder omnímodo— no cabe duda que entre las posiciones de los acobardados y la del marqués de Torrecusa, Felipe IV y Olivares hubieran estado con este último, como se desprende de los correos recibidos de Madrid para el almirante de Castilla. Es decir, el Conde-Duque vivió Fuenterrabía, tanto o más que si hubiera estado frente a ella. Hubiera movilizado antes sus tropas, hubiera adelantado antes sus generales, hubiera ido el mismo frente a Condé. Pero mi pregunta a los detractores es: ¿Existía en reinos en obligaciones con los otros? Pregúntese a las crónicas España entonces un ejército regular? ¿Se creían siempre sus

(1) c. c.

eas que hacía el virrey de Navarra, marqués de los Vélez. Dícese de la clase aristocrática que fue allí de modo espontáneo y se cuenta como una gran hazaña. Esto nos produce hoy asombro. Para aquellos que hablan de nuestra decadencia, la cual está pidiendo a voces un historiador serio que la revise, habría que explicarles cómo actuaban aquellos gobernantes y qué medios tenían a su alcance para socorrer ciudades, armar escuadras y defender la Religión. Era el prestigio de España y de su Monarquía lo que lo impulsaba todo con un esfuerzo a veces titánico. Y el genio español que nunca falta y siempre es inmortal. Porque Felipe IV no podía decir: «El estado soy yo.»

Este ejemplo de don Gaspar de Guzmán lo hemos puesto como la nota cordial más limpia. En esta escala de valores políticos toda una sucesoria hilera desfila ante las piedras. Pero ha habido otros muchos que han dejado para el arte páginas inolvidables poseyendo a Fuenterrabía en sus retinas, adentrándose por todo su entramado silente. Fuenterrabía hace mella en cualquier espíritu que contemple sus piedras y sus celajes. El sol y la lluvia son sus eternos aliados, que con el mar Cantábrico forman una trilogía climática que ha sido artífice de pátina singular. La hemos visto tenebrosa con los Baroja, complicada con Mourlene-Michelena, tenue y gris con Vázquez Díaz, recopilada a través de las aguas del río Bidasoa en una pluma honda y fuerte como la de Luis de Uranzu, cuya emoción vasca está vertida a raudales en su libro «Lo que el río vio».

Libros nuevos y libros viejos. Todo en el recuerdo de esta hora forma una espectral progenie de papeles con un rumor tumultuoso de tinta. Los mismos apellidos de hoy sonaban en las calles de entonces; junto al aljibe, a la vista de Capuchinos; en la torre vieja de la munición, frente a las ondulaciones de la provincia de Labord; en el baluarte de Leiva, que, sucesivamente, se llamó de San Carlos, de los Inocentes y de San Nicolás.

Vemos, pues, entre el polvo y los agujeros de las polillas,

émulos ancestrales de la desocupación del espacio, tan traída y llevada hoy por la actual escultura, que nuestra afición a cambiar nombres de calles, plazas o lugares, es sintomática durante siglos en la vida nacional.

Un curioso informe de don Segismundo Font, cuyo texto se da íntegro en esta memoria, hecho en 1786, que tenemos ante nuestra vista y que completa bastante la idea de conjunto suelta en los infinitos pliegos del archivo, nos da una idea muy aproximada de lo que era y había sido Fuenterrabía. Entonces el mar tocaba sólo una parte de las murallas, aquellas que necesitaban refuerzos de estacadas. Los lugares más débiles miraban hacia tierra y allí precisamente es donde se encontraban y hoy se ven, las líneas magistrales que delimitan las cortinas, los baluartes y los orejones más fuertes, porque dice Palafox que las alturas exteriores, dominantes sobre el recinto, eran «padrastros» para su defensa. Los fosos se inundaban hacia el Sur, pero de manera muy precaria. El resto permanecía siempre seco. Vibra en este documento de Font la vida de Fuenterrabía casi igual a la que ahora recogemos cuando se salvan las jornadas de estío. Las industrias huían. Sólo el pescado cubierto de plata marina y los frutos del campo, guardando la lluvia, eran la materia prima de la vida que se vertía en unas cuatrocientas casas y entre los dos mil habitantes que traspasaban todos los días los puentes o abandonaban las murallas por la surtida del cubo de la Magdalena. Pero toda esta visión no estaría completa si no fuera por algunos documentos más que han llegado a nuestro conocimiento. Un plano de la ciudad, anterior a 1719, muy similar al que existe en el Museo de San Telmo, de un valor inapreciable y bastantes documentos gráficos que no son ese desvanecido sueño de las litografías y estampas españolas, francesas o inglesas, y que contrapuestas unas con otras, agrandan o reducen la ciudad fronteriza, la extienden sobre el Bidasoa o la clavan piramidalmente. Conocida es la visión achatada de la Fuenterrabía de la Isla de los Faisanes con Mazarino al frente. Como lo es también la obsesiva y

brumosa de Roberts, que casi es el escenario de Elsingor, de la vacía mirada de Yorich y del tránsito mental de Ofelia sobre las aguas. Entre esta bipolaridad, toda una escenografía figurativa une un extremo con otro hablándonos de su pasado. Desde Nicolás de Fer al Tratado de Vauban o, mejor dicho, a sus intérpretes, con un esquema ilusorio y elemental entre los que se trenzan los diferente brazos de la desembocadura del Bidasoa.

El informe de Font tiene su complemento con los planos de los ingenieros militares, el coronel don Luis de Longor, y de su ayudante en este trabajo don José de Moreau, adscritos a la demarcación de San Sebastián. Por ellos conocemos las obras existentes hasta 1723 y que perduran dibujando el pentágono del contorno por lo menos hasta 1846, los destrozos causados a la plaza por el duque de Berwick en 1719, así como la coincidencia y explicación de muchos enigmas que hasta la fecha nadie se había tomado el interés de resucitar. En el capítulo siguiente damos noticia más extensa de todos estos trabajos, de las trazas de las fortificaciones que han llegado casi intactas a nosotros y que sitúan a Fuenterrabía como un nuevo bastión turístico lleno de galerías singulares, que lanzarán las baterías de la curiosidad hacia las carreteras que se acercan a ella. La puesta en valor de todo este completo enjambre merece una seria reconsideración. Resucitar otro tiempo, otra época, no es descorrer del todo un telón, porque eso es imposible. Toda una teoría sobre la restauración y el «pastiche» podría desarrollarse en este momento, pero preferimos dejarlo para el último apartado.

Cuando hablamos del pasado existen posibilidades infinitas de interpretarlo, pero nunca de un modo exhaustivo puede levantarse el misterio de lo que fue. Este pasado nos viene a nuestro razonamiento por el supuesto, por la deducción, por el recuerdo y la asociación de ideas, por el estudio esforzado, por la simple lectura ocasional, por la comparación con el presente, unas veces mejor, otras peor, pero siempre, por muy concreto que queramos hacerlo, algo vagoroso que-

da en nuestro pensamiento entre la realidad física y lo que nosotros entrevemos. Jamás podremos restituir al presente con toda su pureza lo que un tiempo fue, latió y vivió con fuerza de vida. Lo que alcanzamos a veces es una subrealidad, tejida tras una tenue tela, que permite ver algunos rasgos perfectamente definidos y acusados. Otros, en cambio, cuyos pliegues desdibujan los contornos, quedan con ese difuminado del recuerdo y de la duda, que a veces forman los grandes enigmas de la Historia y las leyendas que tantas calamidades vuelcan sobre los pueblos. No hace falta descubrir nada para saber que resucitar el alma es extrahumano.

FUENTERRABIA COMO FORTALEZA

Pero antes de seguir adelante en esta exposición, preferimos dejar calcado literalmente el informe que venimos comentando y cuyo original se encuentra en la sección de Cartografía del Ministerio del Ejército.

«Relación en que se describe el Estado de la Plaza de Fuenterrabía, su utilidad por situación, Comercio u otras ventajas que ofrece la fortificación con que se halla, sus defectos y correcciones por frentes, los edificios militares que están dentro y fuera del recinto con expresión de su destino, Capacidad y fábrica si hai o no para la reparación de estas obras destinadas arbitrios o si se costean por la Real Hacienda y el vecindario que se juzga compónense.

* * *

«Se halla esta plaza al Poniente del margen del Río Bidasoa que sirve de límites a la Provincia de Guipúzcoa y a la de Labord del Reyno de Francia. Su figura es un Pentágono irregular y está situada al extremo de una colina desprendida del Monte Jaizquíbel algo elevada sobre el plano de las Arenas del Río, distante media legua del mar y algo menos en las mareas altas, cuyas aguas remontan más de una legua río

arriba, estendiéndose como =600= toesas De ancho y entonces bañan parte de sus murallas y las del castillo de Endaya a la parte de Francia en la orilla opuesta.

«Los 4 frentes comprehendidos entre los Baluartes de Sn. Tiago, Sn. Felipe, La Reyna, Sn. Nicolás o San Carlos se hallan en mediano estado, sus caras, flancos y cortinas son de buena muralla de Sillería, pero sus parapetos imperfectos, banquetas y terraplenes estrechos no pudiendo colocarse artillería sino en los flancos bajos de los baluartes. El Torreón o Cubo De la Magdalena que ocupa el lugar del quinto Baluarte tiene su terraplén aún más estrecho que los demás y consiguientemente incapaz del servicio de Artillería en sus flancos y Casas.

«La Cortina comprehendida entre este y el Baluarte de Sn. Tiago forma varios ángulos y es de poca solidez; por lo que la empezaron a recalzar muchos años ha, sacándola más recta; pero quedando esta otra a dos pies de alto sobre el cimiento. El ángulo flanqueado de otro cubo es muy endeble por sacarse sus defensas rasantes de las caras de segundos flancos de las cortinas inmediatas. Esta plaza es de corta defensa por carecer de fosos y obras exteriores y las que tenía sobre los frentes del Baluarte de la Reina, San Nicolás y torreón de la Magdalena eran de poca consistencia quedando arruinados en el último sitio del año de 19 por lo que restan muy pocos vestigios de la contraescarpa, camino cubierto y de los pequeños revellines mal colocados, descubriéndose el pie del recinto desde cualquier parte de sus avenidas. Tiene tres puertas, la principal es la de Santa María, la de San Nicolás se halla cerrada con Mampostería, la Del Cubo de la Magdalena es pequeña y solo sirve de surtida para la gente de a pie.

«Por la parte del O. y al N. se halla esta Plaza dominada De los Montes de N.ª S.ª de Guadalupe y Sta. Engracia de modo que en ninguna parte De sus fortificaciones puede uno estar defendido y cubierto singularmente en los frentes que están a los referidos vientos, ni esta ofenden a los enemigos

en su avenida por la parte de Capuchinos, ni a sus trabajos en la colocación de baterías en estos puestos.

«Por su situación no puede ser útil al comercio, porque el río Bidasoa ni ofrece sonda ni abrigo para algunas embarcaciones teniendo en su entrada una barra De arena y en lo interior unos islotes que no permiten su entrada por cuyo motivo esta Plaza no tiene comercio alguno ni sus habitantes viven de otra cosa que de los frutos de su campo y pesca a que se dedican los moradores de las caserías y arrabal de la Marina sin aplicación de fábricas o a alguna otra industria, asimismo no cubriendo país alguno y pudiendo el enemigo internarse sin estorbarle esta plaza su paso, ni poder mantener exército alguno por defecto de puesto ser sus habitantes dentro y fuera del recinto de solo el número de 2.290 comprehendidos ambos sexos y sus havitaciones o casas solo en número de 426 destruídas todas las más por el último sitio sin la posibilidad hasta ahora de sus redificaciones se deja conocer quasi ninguna utilidad De esta Plaza De cuyas correcciones se han hecho varios proyectos por los comisionados De S. M. a este mismo fin.

«Los reparos de las obras que se hacen en esta Plaza son los más urgentes para la conservación de los edificios y se proponen anualmente para la resolución a S. M. de cuyo Erario se costean. La Guarnición Ordinaria es de una compañía De Inválidos con sus respectivos Oficiales y los Del Estado Mayor.

«Edificios militares.—En lo más elevado del interior de esta Plaza está un grande edificio que se nombra el Palacio en el que hai diferentes bóbedas a prueba de bomba capaces de un batallón en tiempo de paz y estrechándose un poco podrán contener dos, ocupando el todo. Está unido a este edificio a la parte del Oriente una casa perteneciente al Rey que sirve de alojamiento al Governador, Teniente del Rey y sargento Mayor de la Plaza; a la parte del Norte del mismo edificio está unido el obrador de artillería en que se almacenan diferentes pertrechos de ella.

«Inmediato al cubo de la Magdalena hai un almacén de pólvora a prueba sin cuerpo de Guardia ni cerca para su resguardo y está la mitad descubierto; por cuyo motivo se deposita la pólvora a distancia de tres quartos de legua en el Castillo del Higuer que es una batería cercada por la gola con objeto de defender de piratas la Cala o surgidero que flanquea.

«En la Gola del Baluarte de San Nicolás está otro almacén sencillo cubierto de teja bana y tan húmedo que no sirve sino a custodiar algunos útiles.

«Junto al flanco derecho del Baluarte de San Felipe se halla una cisterna de mediana capacidad y en buen estado, siendo la única agua que tiene la plaza dentro de su recinto a excepción de algunos pozos que la tienen de mediana calidad.

«Debajo de la cortina entre San Felipe y la Reina hay un cañón de vóveda a prueba que aunque estrecho y húmedo puede ser útil en tiempo de sitio.

«Los cuerpos de guardia todos incómodos de mala construcción ocasionan mucho gasto en reparos.

«No hay más que una plaza pública que está delante del cuartel donde se forma la tropa y se monta la parada para las Guardias.

«En la Marina a la Orilla del Río a tiro de fusil del Cubo de la Magdalena se halla el arrabal De este nombre, compuesto de casas en buen estado en el que hai casi tanta gente como en la ciudad.—San Sebastián 23 de Enero de 1786. Segismundo Font.»

Este informe es a nuestro entender el que marca la decadencia de Fuenterrabía como plaza estratégica. Es decir, podemos asegurar que su cénit defensivo como plaza fronteriza coincide con los años inmediatamente posteriores a la batalla de Pavía, esto es, a partir de 1525. En ese momento, con el desastre francés en Italia, Fuenterrabía toma una importancia política decisiva que dura hasta 1719, hasta la noche del 27 al 28 de mayo de ese año, en que es conquistada por el Mariscal Duque de Berwick.

Las fortificaciones en Fuenterrabía formaron primigeniamente un exágono irregular, y sufrieron antes de Carlos V modificaciones y reparaciones que obedecieron a las tácticas empleadas con anterioridad al empleo de la pólvora. De entonces data la construcción de sus baluartes. Estos son un nuevo elemento defensivo de trascendental importancia desde el punto de vista de la poliorcética. M. L. Blond, maestro de matemáticas del Delfín de Francia, —luego Luis XIII—, nos dice que es muy difícil fijar con precisión la época de la invención de los baluartes. Algunos autores informan que Zisca, cabeza de los Husitas de Bohemia, hizo uso de ellos en la fortificación de la plaza de Tabord. M. de Folard cree que Achmet Bassa fue el primero que los mandó construir en la plaza de Otranto, después de haberla conquistado el año 1480. Passino Ferrares que fortificó a Sedán la primera vez, en una obra impresa en 1570, atribuye la introducción de las fortificaciones modernas y abolición de las antiguas, al empleo de la artillería para sitiar plazas fuertes.

Esta observación parece efectivamente la más cierta, y así, su libro sirve para probar que estas variaciones no eran anteriores al año en que se imprimió. Muchos autores italianos hacen la afirmación, entre otros, el famoso matemático Tartaglia en su obra de 1546.

El marqués de Maffei pretende, con bastante probabilidad, que los italianos son los que inventaron los baluartes, dando este honor a un ingeniero de Verona que los puso en práctica en las fortificaciones de esta plaza. Cree el autor que sirvieron de modelo a todos los que se han construído con posterioridad en las demás fortificaciones. Pero no hay duda que por las inscripciones que hay en aquellos baluartes de los años 1523 y 1529 se reconoce que fueron los primeros y los más antiguos que se han hecho. Estas explicaciones históricas de los baluartes se traen a colación porque se deduce claramente que en la pugna establecida entre Francisco I y Carlos V, éste, que tenía montada su oficina en la silla de su caballo y la pluma en su lanza, al volver a España y reco-

nocer las fortificaciones de Fuenterrabía, mandó a su especialista copiar los modelos italianos. No es este el lugar para hacer una divagación teórica sobre la construcción de los baluartes, puesto que el estudio que nos ocupa nos ha permitido saber con bastante aproximación cómo se construyeron. Y digo esto, por no declarar que conocemos todos los detalles, faltando a la verdad, pero sí las líneas magistrales de su trazado. De esta época son los baluartes de la Reina, de San Nicolás y de Santiago y el cubo de la Magdalena, posiblemente rehecho sobre alguno ya existente y cuyos defectos tácticos pudo apreciarlos más tarde don Juan Alfonso Enríquez, Almirante de Castilla, en el sitio de 1638, ya que los trabajos de los ingenieros franceses que trataron de abrir brecha en el famoso cubo de la Magdalena, se debieron principalmente a que encontraron ángulos muertos al abrigo de la artillería de la plaza. Posteriormente, el famoso exágono irregular de Fuenterrabía con sus murallas viejas, las que dan cara hoy hacia Irún, entre la Plaza del Obispo y el Arco de Santa María, se modificaron convirtiendo el antiguo exágono en un pentágono, que es el conocido de todos los tratadistas que han intervenido sobre las fortificaciones de Fuenterrabía.

El problema fundamental para poder ordenar de una manera sistemática todo lo que de un modo general hemos venido explicando, ha consistido principalmente en este trabajo, en alcanzar la configuración exacta de la plaza de Fuenterrabía en su momento más importante como plaza fuerte.

Los documentos base para esta investigación han sido fundamentalmente cuatro, y son todos ellos posteriores al año indicado. Esta afirmación se basa en un dato que, al parecer sin importancia, la tiene fundamental para localizar la fecha aproximada del plano que figura en este estudio, señalado con el número 1 (ref. P. 162).

En ese plano no figura la casa Consistorial, la cual se hizo, según obra en el archivo del Ayuntamiento de Fuenterrabía, entre los años 1735 a 1740.

Este plano base es el antecedente inmediato al levantado

por el Duque de Berwick en 1719, impreso por M. Baillieux, geógrafo, en el mismo año de su intervención bélica. En el plano número 2 (ref. P. 262) tenemos el estado comparativo de tres planos de la plaza de Fuenterrabía.

El plano número 1 es reproducción de una copia alemana, sacada del libro «Introducción a la fortificación» compuesto por M. Nicolás de Fer, geógrafo del Rey Luis XIV, de los trabajos de los ingenieros franceses, entre ellos M. de Vauban, Tte. General de Ingenieros del Rey de Francia. La primera edición del libro conocida por nosotros es de 1693. Se hizo una edición española en Amsterdam en 1700. La leyenda que figura en este plano dice: «Fuenterrabía, un puerto de mar «fuerte» situado en el mar Atlántico en Vizcaya en el río Bidasoa, que forma la isla «Faisanes». No pertenece ni a los españoles ni a los franceses. Fue tratada la paz en el año 1659, llamada la Paz de los Pirineos. Esta fortaleza fue asediada en 1719 por los franceses durante 16 días y conquistada con éxito». Es un plano inexacto, realizado probablemente de memoria por el referido M. de Vauban o alguno de sus ayudantes, en el siglo XVII. Puede compararse éste, con el español presentado en hoja aparte (número 1, ref. P. 162) y cuya exactitud es de una coincidencia casi absoluta con los topográficos levantados en el presente siglo. La edición francesa sitúa la ciudad a 43° 31' de latitud y 17° 50' de longitud.

El plano número 2 corresponde al sitio de 1719 que refiere la leyenda en alemán del plano número 1, cuando Fuenterrabía fue atacada por el Duque de Berwick, con el orden de la batalla habida durante el cerco. Pueden observarse las dos brechas abiertas, una en el baluarte de la Reina y otra en la cortina que une este último baluarte con el de San Nicolás. Este plano figura en el Museo de San Telmo, en San Sebastián.

El plano número 3 fue levantado por el Tte. Coronel de Ingenieros don Luis de Longor, y corresponde, con las secciones que en dicho plano se indican, al estado de las fortificaciones después de 1719. Estos datos sirvieron para la con-

fección de un proyecto de dicho ingeniero, que reparó las brechas del baluarte de la Reina y de la que se abrió en la cortina que une dicho baluarte con el de San Nicolás, la última de las cuales aún subsiste reconstruída sin que se note diferencia aparente entre lo antiguo y lo nuevo. Este proyecto alcanzaba a una ambición aún mayor, puesto que se pretendía guarnecer Fuenterrabía por su parte Oeste, modificando los revellines de Guevara y de San Nicolás, con un gran hornabeque que dominase las alturas que se lavantaban junto a la actual carretera de Guadalupe, considerada por los técnicos y citada por los cronistas Moret y Palafox, como la parte más favorable para los ataques a la plaza.

No hemos pasado hasta ahora de la investigación planimétrica. Nos quedaba en pie, en este momento de nuestro estudio, la comparación de unos planos con otros; el primer plano de todos los referidos (ref. 162) fue, sin duda alguna, el más importante, porque su detalle nos proporcionaba una comprensión minuciosa que otros que pasaron por nuestras manos no la tenían. Sin embargo, la complicada trama del archivo militar, no muy ordenado por cierto, nos dio bastante que pensar con el resto de los que a continuación encontramos. Estos eran perfiles muy detallados de los diferentes elementos del recinto amurallado, levantados por dos ingenieros militares: don Luis de Longor, Coronel de Ingenieros, y don Pedro Moreau, Tte. Coronel y Ayudante del anterior, en el año 1726, en cuya fecha dibujaron el estado en que entonces estaban las fortificaciones.

En un plano de la planta de Fuenterrabía (plano número 2, ref. 262, plano 3) se podían localizar los perfiles a que hemos aludido antes. De esta manera pudimos levantar el panorámico de la ciudad de Fuenterrabía en el siglo VII. Estos perfiles van señalados en los planos números 3 y 4 (ref. P. 362 y P. 462). Así sabemos de manera cierta, cómo era la entrada a Fuenterrabía a través de lo que se llamaba entonces la puerta de San Felipe, hoy conocida como el Arco de Santa María. No existía tal arco de Santa María. La puerta de San

Felipe era un cuerpo de guardia exterior. Un foso lo separaba de un primer arco, el cual se salvaba a través de un puente de madera y otro de flecha que cerraba el acceso a la ciudad por esta parte. Después, toda una complicada trama se sucedía hasta desembocar en la calle Mayor. Una vez atravesado el primer arco, sobre el cual se levantaba un edificio de una planta con un balcón, se disponía el artefacto del rastrillo. Todo este conjunto unía el Cubo de Santa María y el baluarte de San Felipe, última de las construcciones mandadas levantar por Felipe II. A continuación de este edificio, que en realidad era todo un pasadizo, se elevaba una segunda edificación, de la que queda hoy lo que se conoce como Arco de Santa María. Posteriormente, remontando la calle llegamos al tercer arco, construído en dos plantas al lado de los últimos sillares que componían la muralla gruesa y que enlazaban ésta con la primera edificación que separa hoy las calles del pintor Echenagucía y la de Miguel M.ª Ayestarán. Este perfil va señalado en el plano número 3 como perfil número 41, y le hemos dado el mismo nombre con que lo bautizó don Luis de Longor «perfil cortado por la calle Mayor desde una punta del mar hasta la otra».

En esta descripción debemos señalar también como muy singular, al aljibe a que hace referencia don Segismundo Font en su informe de 1786. Va señalado en el plano con los perfiles 49-50 y 41-42. Restos de este aljibe aún pueden verse en la casa denominada hoy La Atalaya, así como los restos de la escalera que conduce a la parte superior del arco, cuyos cimientos pueden apreciarse por una simple cortada que tiene el firme de acceso al arco de Santa María, que coincide justamente con la prolongación del flanco derecho del baluarte de San Felipe, cuyo perfil se muestra en el plano ya referido con el número 39-40. La localización de este elemento fundamental también puede apreciarse en el plano número 1 (ref. 162).

Todos estos perfiles de Longor son de una utilidad extrema, porque al trasladarlos a sus escalas en toesas a las que hoy

usamos, como tenemos los que aún existen y los que han desaparecido, la comprobación con los primeros es inmediata y la recomposición de los segundos, aunque sólo se buscasen los fundamentos de la fábrica defensiva, permite sin error determinar los sitios en donde se encuentran. Aún hoy, que no se han comenzado las excavaciones, se ven indicios que nos indican la existencia de restos de murallas y galerías en pie. Así, por ejemplo, el perfil 4 - 5 - 6, plano número 4, ref. 462, cuando se reconoce el terreno y se observa la cantidad de tierras acumuladas en aquel contorno, se puede asegurar, sin lugar a error, que hay cinco metros de muralla del flanco derecho del baluarte de la Reina que por fuerza están enterrados, y la existencia de una galería de contramina similar a la descubierta a principios de siglo en el baluarte de San Nicalás. Este perfil se conforma casi en un todo con el P. 48-47 del plano 3, ref. 362. Como de igual forma son coincidentes el P. 9 - 10 y el P. 7 - 8 de los planos citados, junto a la finca Villa Amparo. En este lugar se construyó una galería de cinco metros de ancho y altura de tres y medio en bóveda de cañón, cuyo antiguo paramento exterior aún puede verse en el paseo de Leiva, mordidos por el tiempo sus sillares. De la existencia de esta galería quizás todavía puedan dar razón los propietarios que construyeron la referida finca sobre estos muros, como también podrán darla algunos que trabajaron junto al aljibe. De todos modos, los vestigios de fábricas señalados, y los que componen el baluarte de la Reina, en su interior, pueden encontrarse con excavaciones muy someras.

El baluarte de la Reina fue un baluarte mixto. En esta cuestión, los ingenieros militares han discrepado notablemente en cuanto a las ventajas y los inconvenientes ofrecidos por una clase y otra de baluartes. Errard, el Conde de Pagan y otros tratadistas, muestran en sus escritos preferencias por los baluartes vacíos. Aducen tres razones: la primera, porque son más propios para almacenes de pólvora; la segunda, porque ofrecen mayor facilidad para buscar al minador enemigo, y embarazar el efecto de sus operaciones; la tercera, porque

se pueden hacer mejores atrincheramientos o cortaduras y trabajarlas a cubierto. En cambio, el Caballero de Ville, Cochorn y Semit Julien, tienen por más ventajosos los baluartes llenos, pues en ellos pueden construirse los llamados caballeros, especie de segunda barrera paralela a las líneas magistrales del baluarte y excelentes subterráneos conocidos por «almacenes a prueba». El baluarte de la Reina estaba hecho armónicamente con estas dos premisas: esto es, en ambos orejones había dos pisos para batir de flanco las dos cortinas de Santa María —actual frontón— y de San Nicolás, y unas baterías a barbeta en su parte más baja. Estos dos extremos de la pieza defensiva se unían con una galería en cuarto de círculo, que todos conocemos y hoy semienterrada. La actuación sobre este baluarte de la Reina, propiedad del Ayuntamiento, sería cosa más que deseable. La desocupación de las tierras que lo invaden, nos aclararía las lagunas que, a pesar de nuestra documentación, nos faltan por aclarar. De todo el curioso ingenio defensivo nos queda por añadir la contramina ya enunciada, que es paralela a las casas y flanco del baluarte, que aún no está descubierta y que nosotros, ahora, denunciamos su existencia como hecho cierto. Los perfiles actuales del terreno y los planos levantados hace doscientos treinta y seis años, no muchos por cierto para una labor excavatoria, en una obra fuerte como ésta para resistir todos los embates del tiempo, demuestran la existencia de esos muros.

Quizás de estos perfiles los más interesantes sean los que dan al lado de Francia. El baluarte de San Felipe, sacado de la documentación antedicha, presenta un aspecto diferente del que actualmente tiene. La laguna aquí ha sido inevitable. Sólo la referencia de don Luis de Uranzu nos ha valido para suponer que los paramentos de cara a Irún y al Bidasoa fueron reconstruídos, cuando sobre los huertos que se cultivaban sobre los terrenos del baluarte, fueron adquiridos para un camino decimonónico que, al mismo borde del agua, levantaba un pequeño embarcadero con unos cuantos escalones de acceso. El perfil del baluarte, 39 - 40, plano 3, ref. p. 362, nos

dice que la altura del mismo era de 12 metros, centímetro más o menos. Su existencia, tal cual está reflejada en los planos, demuestra la correspondencia con la primera magistral del Cubo de Santa María, así como la más inmediata a la línea rasante del baluarte. Hacemos notar que el baluarte se unía por escaleras con la cortina comprendida entre el baluarte de Santiago y el que venimos describiendo. El perfil número 35 - 36 no hemos podido hallarlo. La torre conocida con el nombre de Wamba es uno de los misterios del sistema defensivo. Todo en esta parte se basa en suposiciones. El único dato cierto es esta escalera que aludimos, arriba, cuyo desarrollo figura en el plano número 1 con un cierto detalle, unida por un lado con el propio baluarte y por el otro con la antigua muralla vieja y con la cortina ya señalada.

El baluarte de Santiago, F - 32 - 32, plano número 3, P. 362, presenta la famosa estacada mencionada por Palafox y Moret en sus libros. Lo que no dicen los mismos, ni el informe de Font lo cita tampoco cuando habla de las salidas de la plaza que eran tres, es de la que existía frente a Francia y que en un artículo de Jacques Deschemmacker se señala como puerta falsa. En aquel trabajo aparecido en «El Bidasoa» se ve una vista aérea, no muy exacta, sacada de la Collection Lallement de Bets, anotación VM - 12 del departamento de estampas de la Biblioteca Nacional de París, situándola al lado del baluarte de Santiago. Nosotros, gracias al plano tantas veces citado, cuyo traslado a escala 1 : 500 lo hemos conseguido realizar después de una serie de pruebas para ver las toesas empleadas en su confección, deducimos donde estaba la puerta secreta y que por haber entrado por ella Ubilla nosotros la hemos bautizado con su nombre, para distinguirla de las otras.

En efecto: la cortina entre los dos baluartes, —San Felipe y Santiago— era más alta que las caras del baluarte. Se podía ir desde el arco de San Felipe —sistema de la actual puerta de Santa María— hasta el palacio del gobernador recorriendo la muralla sin salirse de ella. Por las trazas de los muros que unen esta cortina con el baluarte de Santiago,

nos encontramos con una doble L y un muro en rampa. La explicación entonces es sencilla. Se bajaba hasta el baluarte a cubierto por la escalera que en el plano número 6, ref. P. 662 se señala con la letra A. Desde allí y a cubierto se bajaban los siete metros de desnivel que había desde el último peldaño de esta escalera a la salida secreta de la puerta de Ubilla. No cabe otra explicación a estos muros que se levantaban entre la cortina de la torre de Wamba, el baluarte de Santiago y la estacada que estaba precisamente en el lugar conocido hoy por la Brecha, entre la iglesia parroquial y el castillo de Carlos V.

En este recorrido de las murallas, se marcan a partir del baluarte de Santiago, los diferentes perfiles. El 29 - 30, junto al mismo borde del Castillo, cae sobre las arenas de la baja mar. El 27 - 28 cortado por mitad del torreón, llamado en el plano base de este estudio «torre vieja de munición». Una vez traspuestas estas cortinas, dos perfiles: el 29 - 30 y el 21 - 22, por sus leyendas, localizan una torre llamada «de los ahorcados». No existe en los planos de Longor ninguna expresión gráfica de esta torre. Puede ser que estuviese localizada en el vertice que forma la muralla como unión de las dos diferentes secciones, pero esto no es más que una suposición. Se han consignado así las leyendas por repetir fielmente lo especificado en los trabajos del ingeniero militar.

Llegamos con esto al vértice norte del recinto, al Cubo de la Magdalena, tantas veces nombrado por los cronistas. Este trabajo ha sido uno de los más laboriosos para hallar su verdadera silueta, de acuerdo con los perfiles dados: el 19 - 20 y el 17 - 18. Con ellos y con la planta del Cubo sacada del plano base, más una de las litografías del perfil de Fuenterrabía que nos ayudó un tanto en nuestra tarea, hemos podido definir y completar el perfil 17 - 18 hacia saliente y poniente, añadiendo a la obra de Longor lo que a ella le falta. Es sencillamente un escalón más que sumamos para aclarar cómo era esta obra defensiva, cuya silueta en planta se asemeja bastante en su configuración exterior con uno de los

torreones de la puerta narbonesa de Carcassonne Esta similitud estriba, entre otras cosas, en la arista que se marca junto en los noventa grados del semicírculo que completa el cubo, arista que avanza deformando el cilindro de la fábrica con una modelación hiriente y singular. En ella se abría la famosa surtida del cubo, sólo utilizada por gentes de a pie. La punta de diamante llamada media luna de Medina, adosada al cubo, era un montón aruinado e informe.

No nos resta por describir más que el lienzo de muralla que une el Cubo de la Magdalena y el baluarte de San Nicolás, última de las secciones que en este plan se presentan. Es la señalada con los números 15 - 16 del plano número 4, ref. 462.

El baluarte de San Nicolás no lleva en estos planos representación gráfica alguna. Construído en la misma época que el de la Reina, tiene las mismas características que aquél. Es, por lo tanto, mixto, con orejones que defienden los tiros rasantes de las cortinas que en él intestan. Será necesario, para su conservación, aliviarle de las tierras vertidas en él, en las galerías que conducen a la contramina, de todos conocida. Las señales de ruina que presentan sus defensas laterales emergiendo en algunos puntos, nos hacen suponer que parte de ellas se conservan intactas. Merecen, por lo tanto, también, la atención de la empresa que con este estudio pueda acometerse.

LAS FORTIFICACIONES EXTERIORES

Estas fueron las que se realizaron a partir del foso de la parte Oeste; esto es, entre las inmediaciones de Santa Engracia y la cortadura que presenta el terreno a lo largo de las cortinas comprendidas entre el baluarte de la Reina y el de San Nicolás; y entre éste y el Cubo de la Magdalena. Fue este foso, siempre un foso seco. Cubriéndolos para la defensa se construyeron dos revellines: uno el de San Nico-

lás, frente a la puerta del mismo nombre, a la que se pasaba por un puente de madera, y el de Guevara, hoy totalmente desbaratado por nuevas casas construídas sobre él. El primero de todos aún se conserva, aunque bastante deteriorado, y en este plan queda dentro de la Zona de influencia de intereses históricos, con la esperanza de poderlo recuperar. El foso se guarnecía con una contraescarpa de la que quedan bastantes vestigios. Los muros que defienden los terrenos de la plaza de toros hasta las escuelas Viteri son los últimos paramentos, algunos con revocos horribles que quedan en pie.

LAS ESTAMPAS

El perfil de Fuenterrabía ha sido objeto desde el siglo XVII de innúmeras reproducciones. Su plano, ya lo hemos indicado líneas arriba, fue reproducido por Nicolás de Fer. La elementalidad del mismo está bien patente pues la plaza es una ilusión óptica de Vauban. El afán de presentar el libro con algunos ejemplos españoles, hacen suponer la importancia que los franceses, «malgré tout», daban a España. Es una falta de información. Su servicio secreto debía ser bastante mediocre a juzgar por el grabado del geógrafo de Richelieu. Con motivo de la paz de los Pirineos, se imprimieron en París una colección en las que sale Fuenterrabía como un personaje más del pacto; y otra en Madrid encabezada por el rótulo latino «unionis Domus super flumen Vidasoa». Son ambas interesantes, aunque tan dispares que con solo ellas dos podía pensarse que estábamos situados frente a dos ciudades diferentes. Más completa es la publicada en el libro «Sitio y socorro de Fuenterrabía», de Palafox, aunque también es de una simplicidad que no aclara nada en el orden militar y técnico de las fortificaciones. Cada una de las tres, en su faceta, aportan situaciones y puntos de vista distintos. La española del sitio, es una instantánea de las tropas francesas ocupadas en movimientos tácticos, del avizoramiento

de las líneas defensivas, de las bombas, prendidas al dibujo como cabezas colosales, cuyas parábolas de tiro se marcan de puntos con una ingenuidad tan sorprendente como excepcional es la perspectiva que desde el monte Jaizquíbel se divisa hacia la bahía. La litografía de la boda tiene, en cambio, un remoto tinte velazqueño, sin duda ejercido por el famoso sevillano. Muchas horas hemos empleado en buscar estas dos estampas que distan entre sí veintidós años. Existe una tercera, que es la que pertenece a una colección francesa, últimamente reeditada con ocasión del tricentenario de la Paz de los Pirineos. Es la más valiosa, en cuanto detalla con bastante exactitud, aunque tiene inevitables fallos, el perfil de Fuenterrabía de cara a Francia. Moret, en cambio, pasó por alto su representación gráfica. En ninguna de las ediciones posteriores figura, lo que nos hace suponer que en la primera escrita en latín tampoco debía incluirse, ya que el traductor, Manuel Silvestre de Arlegui, maestro de gramática en Sangüesa no hace mención. (1)

El siglo XVIII es de un mutismo extraño y casi exhaustivo. Sólo se reproduce, la ya descrita de Palafox, vendida entonces en una librería de don Manuel de Munita, de la calle de Carretas, de Madrid, que estaba frente a la Imprenta Real; editada por la oficina de don Gerónimo Ortega y los herederos de Ibarra. Se imprimieron entonces las panorámicas del sitio de 1719 que están en la Biblioteca Nacional de París.

En cambio el siglo XIX es pródigo en reproducciones. Nuestra guerra de la Independencia levantó en la conciencia europea la curiosidad. España, que recorrió los campos de Francia,

---

(1) El libro de Moret *"De obsidione Fontirabiæ"* a que se alude, contenía en todos los ejemplares de la primera edición una estampa, como se ve claramente en la *Tabvulæ Explicatio* que en todos ellos aparece. Lo que pasa es que esas estampas eran sistemáticamente arrancadas de su lugar. Así ocurre con el ejemplar de Loyola que carece de ella y que fue examinado por el muy competente bibliógrafo Pérez Goyena. Afortunadamente el ejemplar de ese raro libro que se guarda en la caja fuerte de la Biblioteca de la Diputación contiene la correspondiente lámina. *Nota de don Fausto Arocena.*

de Italia, de Alemania y de los Países Bajos, con las picas de sus tercios; que levantó la custodia de Trento, y defendió con ahinco la fe de Cristo; que evangelizó medio mundo; que doblegó la tiranía turca y clavó su estandarte en un arco colosal desde Orán a las Filipinas; que atravesó los Andes y bordeó el Pacífico, vibró con restallante látigo por encima de las Cortes de Cádiz, del convencionalismo constituyente y luchó con denuedo inigualable contra Napoleón. Los héroes anónimos se levantaron y desde Bailén a Vitoria, toda una encíclica popular de patriotismo derramó de nuevo sobre Europa, la avidez de los intelectuales y de los viajeros por conocer esta tierra de contrastes, de luces y de sombras anímicas que es lo español en su más pura esencia. De entonces datan, las reproducciones en todo orden de España. Los nombres de Genaro Pérez Villaamil, David Roberts, Blanche Kennebutte, Hornbrook, Eugenne de Mal, Grandisire, Marichal, Carpenter, Eugenne Ciceri y Pirala entre una multitud de artistas, se destacan y se enconan recorriendo la Península desde Fuenterrabía hasta Gibraltar.

La sucesión de imágenes vertidas sobre el rincón guipuzcoano es tan exhaustiva, que la recopilación es una labor que se sabe cuando se empieza, si la comezón coleccionista nos envenena, pero-que difícilmente se acaba, pues cuando se piensa que ya no existe ninguna reproducción nueva, llega a nuestras manos la más inédita de todas.

Entre esta serie de reproducciones es difícil moverse. Tienen la mayor parte un interés puramente anecdótico, ya que dan la impresión de estar hechas con apuntes ligerísimos tomados del natural, muchas veces fantaseando la realidad, influenciadas todas por el aumento en altura de las proporciones, muy en boga en la época romántica. En este sentido indicamos ya que la de David Roberts, es una pura fantasía, vertida como ilustración del libro de Thomas Rocoe 1837 en cuyo índice se anota: «Fuenterrabía desde San Juan de Luz». Nuestro autor confundía esta ciudad francesa con la de Hendaya.

Existen otras como la del libro de Wilkinshon que con-

firman el estado de algunas construcciones, como la del palacio de Carlos V con su cubierta aún en pie, aunque de la iglesia parroquial nos da una versión muy inexacta.

Las existentes en el Museo de San Telmo en San Sebastián, aclaran algunos extremos de la parte norte, sobre el cubo de la Magdalena y la muralla entre éste y el baluarte de Santiago. Y otra que se guarda allí, coincide con el cuadro de Hornbrook, esclareciendo cómo era la subida al último piso del castillo desde la plataforma para el uso del mosquete. Estas son muy útiles para confirmarnos en la idea de que en la parte Este del recinto, deben aún quedar enterrados bastantes vestigios de las murallas.

La destrucción sistemática del recinto de Fuenterrabía se prolonga durante el siglo XIX y todo lo que va del XX. Es realmente milagroso que aún queden en pie restos, que la maleza, las concesiones municipales, las ventas estatales y el abuso común no hayan destruído. Toda la fortificación militar se encuentra hoy en poder de particulares. Así, el baluarte de Santiago, el de San Felipe y el de San Nicolás. Solamente el de la Reina es propiedad del Ayuntamiento de Fuenterrabía y aunque las cortinas del Sur y del Oeste son patrimonio del Estado, el respeto y la historia de las viejas piedras es cosa tan olvidada que sólo se recuerdan cuando se celebran las fiestas patronales. La muralla mordida por los convencionales franceses duró en el contorno de sus fundaciones, entre brechas y despeños hasta 1846, fecha que damos por un plano que poseemos levantado por los ingenieros hidrógrafos a las órdenes de M. Beautemps Beauprés, editado por la Dirección de Hidrografía en Madrid.

EL CASTILLO DE CARLOS V

Tenemos noticia exacta de cómo era la Casa-Fuerte de Fuenterrabía en 1797 debido también a dos ingenieros mili-

tares, don Fermín de Rueda y don José Prieto de la Quintana.

La puerta que da cara a la calle Mayor, daba acceso al cuerpo de guardia principal, destinado a la tropa. Eran dos habitaciones contiguas que se enlazaban por un pasillo, la primera de ellas sín luz directa. A continuación, formando conjunto con las anteriores y ocupando toda la primera crujía del edificio, estaban una cuadra de heno y los calabozos que se extendían hasta el ángulo norte y de parte de esta fachada, donde actualmente, se habilitó con ocasión del Tricentenario de la Paz de los Pirineos en el verano de 1959, una sala baja de exposiciones. En la actual escalera que conduce al segundo piso, estaban las caballerizas. El famoso «aljibe» de que hablan los que fantaseaban sobre las utilizaciones de las diversas piezas del edificio, no era sino un aposento sin uso alguno. No había tal «aljibe» ni calabozo de martirio, ni ninguna de esas invenciones populares muy al uso en las explicaciones dadas a visitantes incautos. Donde hoy están los servicios, se utilizaba en la fecha señalada, para almacén de leña y carbón. El arranque de la escalera, ha quedado hoy igual que estaba entonces. Es más, hasta el arco de comunicación con la escalera que accede a la primera planta, tiene los mismos peldaños. El patio era centro de enlace con las habitaciones de la plana mayor, con una dependencia saliendo al patio desde la puerta principal a la izquierda en la que se pensó entonces instalar unas cocinas. Estas habitaciones comunicaban en planta baja con el resto de los aposentos que utilizaban los jefes y sus familiares, no por cierto muy cómodamente alojados, pues habían tenido que renunciar a todo el servicio de cocina que estaban arruinadas y que se extendían en el ala norte. Sobre uno de los almacenes a prueba que hoy aún queda en pie, está en la actualidad una vivienda particular dando cara en la Brecha a la iglesia parroquial. En esta misma planta había, frente a la fachada que da a Hendaya, una magnífica bóveda con tres arcos fajones que delimitaban las seis aristas que la for-

maban, y que fue destruída en este siglo para levantar la casa de la que es propietario don Victoriano Aguirre Oronoz. En tiempos de los ingenieros que levantaron el plano, era laboratorio de mixtos y después una típica sidrería. El actual arco que se adosa a la finca mencionada, facilitaba el paso de los trenes de artillería. Al lado mismo de estas instalaciones había un almacén de madera para el uso de la maestranza y de los pisos de los baluartes. Un patio exterior en el norte unía todas estas dependencias con otro almacén a prueba donde levantó su casa don Javier Ugarte. El Ayuntamiento, en agradecimiento a estas singulares concesiones, le dio nombre al paseo de la muralla que da frente a Hendaya y a los jardines que en bajo se unen al Bidasoa.

En el primer piso, hoy utilizado también como sala de exposiciones, estaba el alojamiento de la tropa y otro destinado a los presidiarios.

En el segundo se encontraba la sala de armas. Las mismas habitaciones del piso inmediato inferior se repetían para el mismo uso en el tercero y en el cuarto.

Un camino cubierto, una plataforma o bastión para tiro de mosquete y una subida, también cubierta, enlazaba todas las defensas de la última planta destinada a la batería y a sus amunicionamientos.

Puede verse por esta descripción, cuyos documentos poseemos como curiosidad para el desarrollo de este estudio, que el castillo, por las circunstancias de la plaza, era un cuartelón bastante vulgar, no muy elegante por cierto, embebido en la sobriedad castrense, recio por sus muros inmensos y con un palacio, del cual damos en el proyecto la versión que se deduce de los planos que poseemos. Las reformas en el interior, pueden ser muchas. Cualquier interpretación correcta que al edificio se le dé en su interior; cualquiera utilización cultural, como museo, salas de exposiciones y de conferencias, archivo municipal o biblioteca, dentro de un tono de discreción y de mesura, sin rasgamientos de vestiduras estilísticas con divagaciones actuales tan en boga, serán buenas

a pesar de las críticas. Por eso hemos hecho una descripción un tanto detallada de la utilización que tuvo. Para que nadie pueda decir que un desmantelamiento en un lugar que siempre fue un cuartel y una cárcel, requieren la lupa y el cuidado del analista como si se tratara de diamantes. Las cosas hay que dejarlas en su punto, para que tengan equilibrio.

EL PROYECTO

Ya hemos explicado en los capítulos anteriores parte de lo que constituye los documentos esenciales de este proyecto. Hablamos del plano de la Fuenterrabía del siglo VXII expresado en toesas españolas; de los planos históricos de la plaza editados por Nicolás de Fer; del levantado en 1719 en tiempos de Berwick; de los realizados por don Luis de Longor y de las características seccionales de las defensas. La reunión de estos planos y de los apuntes sacados de la bibliografía utilizada, han dado como secuela el estudio posterior sobre el recinto recogiendo la información de su actual estado.

El plano topográfico utilizado se nos facilitó por el Ayuntamiento de Fuenterrabía a 1 : 500. La comprobación del plano antiguo convirtiendo la escala en toesas, por su equivalencia, al plano dado, fue una satisfacción para nosotros, cuando comprobamos que con ligerísimas diferencias, el levantado en el siglo XVII coincidía con éste del siglo XX. Fue una labor ardua que tuvo su compensación ante la similitud. A este trabajo añadimos el estado actual de las redes de agua, luz y alcantarillado, todas ellas deficientes, sobre todo las dos últimas cuya reconsideración seria, es necesaria para la salubridad e iluminación idónea del casco antiguo de Fuenterrabía. Ante este complemento y con los datos que poseíamos, determinamos cuál era la zona de influencia del casco antiguo, cuyo plano a escala 1 : 2.000, presentamos para conocimiento de la Comisión de Urbanismo y para que ésta vuelva de

sus acuerdos relativos a las recomendaciones y acuerdos que tomó con el informe de los técnicos, a la vista del plan general de ordenación, presentado por nosotros el año 1959 en relación con esta zona y su cinturón verde. Con estos planos y con los que señalan el estado actual de las calles de Pampinot y acera impar de la calle Mayor reunimos catorce documentos imprescindibles para el trazado viario, para la ordenación de volúmenes, para las alineaciones y para los nuevos trazados de agua, luz y alcantarillado. El resumen numérico que a continuación facilitamos da idea más explícita y concisa de la explicación anterior:

Relación numérica de los planos que contiene el proyecto

Plano n.° 1.—Ref. 162.—Plano en toesas españolas del siglo XVII.

Plano n.° 2.—Ref. 262.—Planos históricos de Nicolás de Fer, duque de Berwick y don Luis de Longor.

Plano n.° 3.—Ref. 362.—Perfiles del recinto amurallado por don Luis de Longor.

Plano n.° 4.—Ref. 462.—Perfiles del recinto amurallado por don Luis de Longor.

Plano n.° 5.—Ref. 562.—Plano de las fortificaciones totales del siglo XVII sacado del plano en toesas castellanas del mismo siglo.

Plano n.° 6.—Ref. 662.—Plano de las fortificaciones del siglo XVII sobre la estructura actual.

Plano n.° 7.—Ref. 762.—Plano de las fortificaciones totales del siglo XVII sobre la estructura actual.

Plano n.° 8.—Ref. 862.—Plano con las fortificaciones existentes y las que han desaparecido o se suponen enterradas para

la actuación de las excavaciones sobre el estado actual del casco.

Plano n.° 9.—Ref. 962.—Plano estado actual del agua.

Plano n.° 10.—Ref. 1062.—Plano estado actual red de alcantarillado.

Plano n.° 11.—Ref. 1162.—Plano estado actual red de alumbrado.

Plano n.° 12.—Ref. 1262.—Plano estado actual calle Mayor.

Plano n.° 13.—Ref. 1362.—Plano estado actual calle Pampinot.

Plano n.° 14.—Ref. 1462.—Zona de influencia del casco antiguo.

Plano n.° 15.—Ref. 1562.—Plano de nuevas alineaciones.

Plano n.° 16.—Ref. 1662.—Plano con la propuesta de parcela de acuerdo con la ordenanza.

Plano n.° 17.—Ref. 1762.—Plano de volúmenes y sonificación.

Plano n.° 18.—Ref. 1862.—Plano de la red viaria.

Plano n.° 19.—Ref. 1962.—Plano del nuevo trazado de la red de agua.

Plano n.° 20.—Ref. 2062.—Plano del nuevo trazado de la red de alcantarillado.

Plano n.° 21.—Ref. 2162.—Plano con la relación de propietarios.

Plano n.° 22.—Ref. 2262.—Panorámica del siglo XVII.

Plano n.° 23.—Ref. 2362.—Panorámica del estado actual.

Plano n.° 24.—Ref. 2462.—Panorámicas después de las expropiaciones.

Plano n.° 25.—Ref. 2562.—Plano de reconstrucción de la calle Pampinot.

Plano n.° 26.—Ref. 2662.—Plano de reconstrucción de la calle Mayor.

* * *

Al reconsiderar la labor realizada, espanta ver —no nos cansamos de repetirlo—, a qué estado se llegó con las expropiaciones y las ventas, las guerras y las cesiones, en qué forma se han ido destruyendo los puntos de vista y cómo el mal gusto

y la falta de un sentido de orientación ponderado llevaron a Fuenterrabía de jaque en jaque una y otra vez. El plano más expresivo es quizás el de la fachada del estado actual, comparando cómo era la ciudad en el siglo XVII y cómo es en 1962. Pueden existir muchas razones justificativas. Frente a estos documentos y su plástica actual no existe alternativa. Mucho más cuando hoy, frente a Francia y como puerta singular de España —una de sus llaves, apuntaba Sir Thomas Rocoe, al evocar las columnas de Hércules—, es clave del turismo y un cauce de nuestra recuperación económica. No hay más que repasar en la estadística europea las cifras del turismo internacional para comprender lo que decimos. Y como también se apunta en el preámbulo de las ordenanzas, aquí volvemos a recordar aquellos conceptos que están resumidos en tres palabras: «nuestro interés común». Intereses que aportará, si emprendemos la tarea, una nueva fuente de mayor riqueza para España.

El casco antiguo queda circundado en el proyecto por la actual carretera de enlace con Irún, con una modificación de esta misma frente al baluarte de Santiago y con otra que amplía la unión del paseo de Javier Barcaiztegui. La reforma de esta avenida para trasladarla a la Alameda que de antiguo existe al mismo borde de la regata, permitirá rehacer el acceso de la Puerta de Santa María, enlazándolo con la carretera que actualmente corre por delante del frontón. La cinta que bordea el recinto al Oeste, no tiene más que la modificación de alineaciones y rasantes en frente de la plaza de toros y de Venta-Berri.

Los accesos al casco son los dos que hoy tiene: el de la calle Mayor y el de la Avenida de Javier Ugarte, el cual, en su tramo de arranque desde la plaza de San Cristóbal sufre una variación, para poder realizar las excavaciones necesarias en todo lo que fue Cubo de la Magdalena. En el plano número 8, ref. 862, puede apreciarse la justificación a que nos lleva este criterio. El documento es lo suficientemente expresivo para que no haga falta hacer ningún comentario. Es, pues,

nuestra opinión, no dejar más que las dos entradas que hoy tiene Fuenterrabía. Y ésta es en realidad una concesión bastante generosa, si se tiene en cuenta que a pesar del sentido purista de nuestro estudio, hemos forzado este acceso que en la más ortodoxa de las investigaciones sobraba, cuando se trata de un estudio de interés histórico-artístico. Ejemplos que no queremos citar podrían confirmar esta aseveración.

Las reformas interiores son las siguientes:

1.°—Nuevo acceso a la Plaza de Armas.
2.°—Plaza de la Iglesia o de la Paseadera.
3.°—Reforma de la Plaza del Obispo.
4.°—Reforma de la antigua plaza del Mercado Viejo.
5.°—Reforma del último tramo de la calle de San Nicolás en el arco del mismo nombre.
6.°—Apertura de una calle entre la de Carnicería y Juan de la Borda.
7.°—Apertura de otra entre la de Carnicería y San Nicolás.
8.°—Creación de la nueva plaza asoportalada sobre la calle Carnicería.

Justificamos a continuación las propuestas de estas reformas:

1.°—El nuevo acceso a la Plaza de Armas es consecuencia, en primer lugar, de nuestra premisa de dejar los dos accesos al casco antiguo por el Paseo de Javier Ugarte y por el arco de Santa María.

Este problema nos ha planteado serias dificultades en cuanto al purismo en la interpretación. La calle del Norte existió siempre. No hay más que consultar cualquiera de los planos históricos. Es más, las casas que formaban la fila del otro lado de calle, han sido objeto de sucesivas tentativas en cuanto a su colocación. Y el desnivel actual entre la Plaza de Armas y la Avenida de Javier Ugarte no puede ocultarse que es notable. Ahora bien, no podemos sustraernos también a la preocupación que nos producían otros accesos, no por cierto históricos que la ciudad posee. Dos, uno arruinado y otro en uso, atravesando el baluarte de la Reina; un tercero bordeando

el baluarte de Santiago. Y por último —sin contar las escaleras próximas al rincón dedicado a don Pedro Muguruza—, el camino de peatones que orilla en subida el baluarte de San Felipe. Precisamente, por respetar las líneas defensivas, por los planos que poseemos, por las muchas tierras acumuladas en estos lugares y, porque todos estos caminos fueron hechos precisamente sobre cotas que con certeza ocultan muchas piedras interesantes, decidimos suprimir todos ellos a fin de que el proyecto permitiera, una vez aprobado, la investigación de todo el frente este del recinto. Es lógico entonces volver sobre nuestros pasos, examinando discriminatoriamente el acceso de la Plaza de Armas, una vez desechados los otros accesos.

Analizando los perfiles 29 - 30, 27 - 28 y 25 - 26, vemos las modificaciones que en rasantes ha sufrido el paseo de Javier Ugarte. Cabía, no hay duda, la posibilidad de no hacer el acceso por esta brecha actual y construir un muro con pretiles, escaleras y jardinería y dejar solo el acceso por la calle de San Nicolás y la calle Mayor. Esto, desde el punto de vista histórico, es a nuestro juicio una falsedad, porque la calle del Norte tenía su salida con una diferencia de cota muy pequeña que tuvo al paseo de la Muralla del este. Suprimidas dos entradas de tráfico rodado por respeto al trazado histórico y queriendo conservar la salida de la calle del Norte, como así se ha consignado en el proyecto, aunque con diferencias de cotas distintas a las históricas por la irremediabilidad de la rasante del paseo de Javier Ugarte, no había más alternativa que canalizar el tráfico que circulara por este acceso, distribuyéndole, en primer término, por la nueva prolongación de la calle Carnicería, ya realizada, cuya pavimentación debe estudiarse con cuidado; en segundo, por la de Juan de la Borda, y en tercer lugar por este acceso, que tiene las ventajas, sobre lo que existía hace poco, y sobre una posible construcción de un muro con escaleras y ajardinados, de presentar la vista del castillo en su fachada norte, con toda la pureza de su volumen cúbico, punto de vista un tanto iné-

dito, hasta ahora. El inconveniente mayor estribaba en que las casas que forman el frente de la plaza, como continuación de la alineación de la calle de San Nicolás, asomaban sus últimos pisos en el cambio de rasante de la Plaza de Armas con la subida proyectada. Nos llevó la reconsideración de este punto a tapar el fondo de estas casas con un grupo de árboles que en el proyecto de ordenación hemos consignado como fundamentales.

2.°—La reforma de la Paseadera, en cuanto se refiere a lo que hemos calificado con el nombre de plaza de la Iglesia, es consecuencia del plano del siglo XVII. Basta examinar las construcciones adosadas a la iglesia y el jardín de la casa del párroco para comprender esta otra reforma.

3.°—La plaza del Obispo se reforma también como consecuencia de la supresión de accesos. Hay que dárselo por delante de la iglesia, enlazándolo a través de la Brecha. Yo sé que en España somos muy aficionados al tópico, a oponernos a cuanto se hace aunque a veces se estudie con amor y desinterés. Y sé que las reformas que proponemos encontrarán las voces de muchos que hablarán sobre la belleza de un árbol que tenga que suprimirse, con grandes muestras de descontento. Es un «cantalarido», valga la palabra, que vale, pero no para Guipúzcoa. Yo mantego firmemente que al casco viejo de Fuenterrabía le sobra verde. Si no le sobrara, hubiéramos visto todo un ejemplario de sus cantadas piedras, que muchos cantan pero que pocos conocen.

La plaza del Obispo requiere un cuidado especial; sus casas de cara a Hendaya tienen un encanto poco común y el contraste con la fachada de piedra y el escudo en rincón del casón de don Carlos Muñoz Pagés es uno de los más incomparables contrastes que posee la ciudad. Esta popularidad que tiene no alcanza a la que el vulgo da a la de la calle Pampinot. Pero en Fuenterrabía hay otros módulos que tiene tanta belleza, como el de la famosa calle. Con el de San Nicolás, cuya armonía es realmente prodigiosa, podría decirse que: «el de Pampinot lleva la fama y la de San Ni-

colás su escala». Y esta misma escala está repetida en contraste con el palacio viejo en la plaza del Obispo. El esmero que se ponga en remodelar el suelo de este ámbito, será poco atendiendo a su belleza. Nosotros proponemos una reforma que funcionalmente debe enlazarse con el resto de la ciudad. Un suelo enlosado delante del palacio es nuestra propuesta, quitando el patinillo inservible que no hace sino descomponer el conjunto; y una fila de árboles en el edificio frontero, para que suprimidos los arcos totalmente inservibles y sin ninguna misión ni siquiera estéticos, sea el elemento vegetal lo que tape —con la marcha acelerada con que crece en el país—, este contraste desgraciado.

4.°—La reforma de la antigua plaza del Mercado Viejo es otro de los temas tratados con especial cuidado por nosotros. Se propuso ya hace tiempo al Ayuntamiento el derribo del matadero y mercado y su consiguiente traslado. Los terrenos libres forman, a nuestro juicio, un recinto que puede ordenarse con unos muros que den lugar a unas escaleras que salven el desnivel existente para poder explanar la parte central donde podrá colocarse una fuente o un viejo crucero.

5.°—La reforma de la alineación junto al arco de San Nicolás tiene dos finalidades. Una, tapar con árboles las fachadas de las dos últimas casas que dan a la calle del mismo nombre, de construcción reciente y nada acertada, y dejar sin paso de vehículos al arco, para franquear uno libre a su izquierda, accediendo así al paseo de Leiva.

6.°—La reforma de una calle entre la de Carnicería y Juan de la Borda tiene el objeto de realzar una de las casas que dan fachada a la calle de las Tiendas, y cuya fachada posterior es de una gran belleza. Se respeta su jardín y al mismo tiempo, abre vistas a nuevos solares. Este conjunto debe parcelarse de acuerdo con los intereses que afectan a las manzanas comprendidas entre las calles del Pintor Echenagucia, Juan de la Borda, Tiendas y calle Carnicería.

7.°—La calle proyectada entre las de Juan de la Borda y Tiendas no tiene otro objeto que salvar la casa que hace

esquina a la de Carnicería y a la de San Nicolás, cuya armonía popular tiene fiel reflejo desde la primera de éstas, y convertir en edificable el solar correspondiente. Como esta ventaja indudable para el propietario, acarrearía otros perjuicios a los fronteros de la calle de las Tiendas, es nuestra opinión que parte de los solares resultantes tuvieran su compensación con los propietarios de la ordenación objeto del punto anterior.

8.°—La nueva plaza asoportalada quiere ser un centro comercial de barrio. Indicado ya en el plan general, hemos respetado aquel criterio, ya iniciado con una construcción, y en el desarrollo de este sector deben incluirse todos los afectados por la pérdida de espacio que supone la creación del recinto.

CRITERIO DE UNA RESTAURACION

No hace mucho comentábamos públicamente nuestro particular punto de vista sobre las restauraciones. Anunciábamos, también entonces, que es muy dado, en el uso de los críticos conspicuos, el asociar a estas obras el calificativo de «pastiche», cuando por motivos, a veces no muy loables, lanzan el epíteto para que forme cabeza de serie de comentarios en bocas de gentes ignorante, desprestigiando obras estimables que no merecen sino alabanza. Nosotros no podemos emplearla sin una inquietante incertidumbre porque el vocablo, —del italiano «pasticcio»—, está tan extendido y generalizado que no se emplea con el rigor preciso. Nuestro pensamiento se revalida de nuevo.

La vieja Fuenterrabía es una incitación hiriente y profunda para que brote el lirismo y la pirueta literaria. Hemos leído muchos artículos divagatorios; muchos ensayos estilísticos; historias más o menos ciertas. Pero lo que no se percibe ante el problema al que abocamos es el fondo amargo que todas las restauraciones tienen como vivencia; ya que el

trabajo anónimo, primero de investigación fatigante y luego de reconstitución silenciosa, encierran el desagradecimiento y el olvido cuando se acierta; y la más dura diatriba cuando se incurre en el error. Si una restauración es buena, nadie piensa que lo es, porque da por natural al contemplarla que siempre fue así. Si por el contrario caemos en defectos graves, éstos se agigantan ante una vecindad próxima que proclama su estética. Vemos, pues, que es ingrato y arriesgado trabajo. Sin embargo, encierra en sí tanta belleza enfrentarse con un marco de esta naturaleza, que aún el temor se salva, pensando, con el verismo que permiten los datos, en acomodar todo lo posible el conjunto que aún palpita en pie o bajo la tierra que pisamos.

Toda la fortificación existente emerge con belleza inigualable. El cielo, el mar, las lluvias muy persistentes son un aliado insustituíble en esta ocasión. Dijérase que esas aguas que recorren el cielo abierto del espacio y que luego chorrean por muros, cortinas y rincones son un restaurador más del pasado. Este factor esencial pone ante nosotros una nota de rotunda fuerza. Quisiéramos sumarlo al futuro esfuerzo, seguros como estamos de conseguir una meta eficiente y bella. Sabemos que el calificativo «pastiche» irá de piedra en piedra, de baluarte a baluarte, que asomará avizorante de modo irremediable tras las defensas como un centinela siniestro y con lenguaje sibilino. Pero ¿qué puede ser un «pastiche» en este sistema defensivo que envuelve a Fuenterrabía? Al aplicar aquí el único sentido posible que tendría la palabra, vemos que la complicada trama en los trozos perdidos podría imitarse como fiel copia de lo que existió. Los términos adecuados en este caso serían por tanto como una obra de imitación, con lo que la englobaríamos al calificarle, en un concepto literario y en otro musical demasiados extendidos para valorar con justeza su definición intrínseca. La inexactitud es evidente, porque la arquitectura no es un arte de imitación. En último caso, llegamos a la consecuencia, no muy alentadora por cierto, de que el calificativo que podría dársele no sería

un acierto de la crítica. Quede por tanto condenada la palabra «pastiche».

Llegando a este punto de nuestro trabajo, no hay más remedio que tomar aliento, mirar para atrás el camino recorrido y ver si merece la pena el esfuerzo realizado o si por el contrario, lo único que se ha hecho ha sido malgastar el tiempo y parte de las energías que nunca sobran. Si hace un año alguien nos hubiera dicho que íbamos a saber cómo era la Fuenterrabía del siglo XVII, nosotros mismos no lo hubiéramos creído. No es esto una vanagloria, sino el azar el que nos dio la posibilidad de encontrarlo. Ahora que ya sabemos cómo fue, llevados por el desánimo, pensamos que quizá valga para poco.

Expondremos nuestro pensamiento con rigor para no caer en una vedija deshilvanada. ¿Para qué queremos saber cómo se estructuraron sus murallas? ¿Cómo y de qué forma trazaron sus calles? Unas y otras, están ahí, frente a nosotros, y las que faltan, con un poco de valor en nuestro cerebro lo podríamos suplir con la imaginación. Quizá para algunos que posean un mínimum de esa facultad nos sobre y nos baste con lo que hoy hay. Para los que carezcan de ella habría que seguir otro camino. ¿Cuál? Ya lo veremos más adelante, si es posible. Ahora bien, si nuestra mente suple lo que hoy no está en pie, para nada hace falta saber como fue, sino por un puro diletantismo teórico que al fin de cuentas es casi pedante por su inutilidad. Si es para explicarlo a los que visiten Fuenterrabía, el dejar toda labor en unas palabras más o menos extensas y en unos planos más o menos detallados que sirvan para la perorata maquinal de un cicerone, hay que reconocer que es bastante triste. Llegamos con este razonamiento al rellano en donde podría aplicarse, contemplando los trozos mordidos por el tiempo y la guerra, la teoría de la desocupación del espacio, para que cada cual, como decimos antes, pusiera en lo que falta, todo el poder de su fantasía. Esta es una arribada forzosa a un puerto de la inacción, a un quietismo estético inoperante.

Cuando recorremos las salas de un museo griego y se enfilan ante nosotros las vasijas micénicas, recompuestas en un puzle de paciencia y habilidad, saltan a la vista los trozos perdidos, que se añaden con virtualidad neutra. Es un contraste sincero y fecundo que eleva los volúmenes cerámicos a una justa proporción escultural. Los femeninos contornos de la cerámica quedan moldeados con la expresión viva que tuvieron, y el ocre alternando su fondo con la geometría de los trozos negros o blancos, va exaltando el hieratismo de las figuras enlazadas unas a otras. Cuando de pronto estas frases dibujadas que pintan la guerra, el amor, el sacrificio sacro, el recuerdo de un muerto o la tensión polémica se interrumpen, el espíritu queda suspenso un instante ante los bordes recompuestos, espectante al ver un trozo de vida perdido para siempre. La forma opaca que tapa con esmero la herida, tiende un velo de misterio tan alucinante, que la imaginación pelea más, ama con mayor ahinco, sacrifica con firmeza exhaustiva, recuerda con intensidad delirante o polemiza con argumentación irrebatible. Es una exaltación de lo desconocido, precisamente porque no sabemos como fue aquel hecho. Aquí no existe, pues, inacción de ninguna clase; no hay teoría de la desocupación. Los trozos perdidos tienen entonces tanta fuerza o más que sus compañeros de viaje, porque a pesar de ser una forma muy concreta puesta allí, que tiene sus aristas y sus vértices, y la curvatura necesaria, encierra el milagro de una endopatía traspuesta potencialmente en la superficie muda. Por no decir nada, dice demasiado. Es un punto de silencio que habla tanto o más que los otros.

Después de estos razonamientos, nos podríamos engañar con un silogismo falso, si volvemos nuestros pasos al problema que nos ocupa; porque el traer como ejemplo la casuística expresión del vaso griego para aplicar este criterio a nuestro recinto amurallado, una barrera nos frena de pronto, parándonos en nuestro camino. El por qué de nuestra instantánea inmovilidad es muy sencillo. No podemos más que debatirnos sobre suposiciones, ya que no sabemos cuantos trozos de esa

vasija militar poseemos en realidad. Tenemos, sí, una certeza. Todos los que compusieron el conjunto no están y esto supone una base de partida.

Los perfiles panorámicos nos presentan: el siglo XVII; el siglo XX en 1962, con las manchas que desvirtualizan el contorno de la ciudad; y la ciudad recuperada a su configuración aproximada después de las expropiaciones tal cual se la encontraban los que veían su silueta a fines del siglo XIX. Vemos de modo terminante que la sugestión micénica podría aplicarse en algunos trozos. En otros, desgraciadamente, no. Y esta sugestión micénica cabría desarrollarla, no con idéntico procedimiento. No se piense que escribimos esta tesis para llegar a escayolar las murallas con una ortopedia demente. En cada caso y en cada rincón habría que ir con mucho tiento. Ahora bien, yo quiero decir aquí valientemente, que entre la silueta del siglo XVII y la resultante después de las expropiaciones, que es una sugerencia romántica de ruinas, me declaro formalmente a riesgo de morir en el empeño, por la primera, porque el máximo riesgo que supondría no encontrar ni una sola piedra antigua, lo cual tampoco es cierto, sería enfrentarnos con una Fuenterrabía recién sacada de fábrica, tal cual la vio el Emperador. Piedras nuevas que pronto serán viejas. Nadie se alce contra esto. Vaya primero a la cortina que une los dos baluartes, de la Reina y San Nicolás, y verá allí una brecha recompuesta en 1729 por don Luis de Longor, y yo le emplazo a que señale cuál es la antigua y cuál la nueva. Y si la diferencia es muy extravagante, entonces podremos empezar el diálogo.

No desconocemos, sin embargo, el peligro que tiene el que manos inhábiles lleven a cabo obras de este tipo. Muy fundamentadas razones, empleando esta premisa, se derivarían de ella; aunque las críticas no necesitan a veces estas bases para arrancar con sus ataques. Pero aun admitiendo que fueran ciertos los temores, existe la postura contraria como consecuencia del «nolli me tangere», posición que en modo alguno la admitimos plenamente. No hay duda que las restau-

raciones mal hechas destruyen estéticamente más que construyen, pero que esto sirva de fundamento para un glosario lírico de las ruinas convirtiéndolas en nuevas esculturas, es un dislate. La obra de Ictinus y de Callícrates en el Partenón de Atenas palpita, sin discusión alguna, con un valor espacial, abierto por el expolio de veinticinco siglos. Todo el imperio romano late a este mismo ritmo entre fustes y entablamentos, en equilibrios inverosímiles. Es entonces cuando se habla de la vitalición del espacio desocupado, como si el aire fuese una obra humana del arte, porque el tiempo sacó de allí un volumen y dejó la oquedad estética llena de resonancia. Pero esto es una falsedad atribuída a ese espacio, porque el cuenco vacío no es en sí bello, sino que la belleza es la vecindad de lo que a su lado se levanta. Es la justeza de una proporción, la medida de un capitel o de un arquitrabe, que es definitivo en sí por sus medidas, porque la Arquitectura que en primer término es concepción de algo, es al final minucioso examen de detalles acabados; y tan bella puede ser la obra en su conjunto, como en exiguo ornamento de la misma. Por lo tanto, esa desocupación de las formas en el orden estético, en este caso, no es dentro de nuestra capacidad humana un afán genial de perduración, que es fundamentalmente lo que es una obra de arte, sino más bien una postura decadente con apariencia de nueva doctrina. Si seguimos esta aventura de la desocupación del espacio, llegamos a consecuencias tan sorprendentes que hay motivo para pensar seriamente si podemos dejarnos llevar de los arrebatos místicos de algunos o si, por el contrario, es necesario, como siempre, medir el alcance de nuestras decisiones. Tengo ante mis ojos un pedernal sacado a golpes de pico por un niño, y su estructura concoide vitaliza, según estas teorías desocupatorias, ambientes espaciales tan interesante que costaría trabajo no presentarlo también como una expresión artística. Claro es que este caso fortuito lo encontramos sin que lo sea en toda la naturaleza; y aunque esta es la obra colosal de la Creación, no está, dentro de los términos de la filosofía del arte, encua-

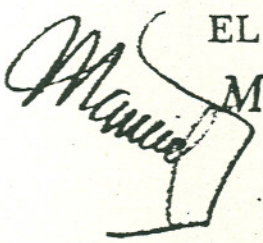
recinto singular y, además, el espíritu de poner en el trabajo el esfuerzo que sea necesario.

Definir todo de una manera exhaustiva, sería tan disparatada como ilusorio. No hay más que una sola meta. El primer trabajo ya está realizado. Y, después, esperar y continuar nuestro camino.

Madrid, 5 de julio de 1962.

EL ARQUITECTO,

Manzano-Monís



drada como una expresión artística humana. Compartimos plenamente muchas inquietudes estéticas, buscando caminos de expresión. Y no negamos que hay espacios que cobran una inconmensurable armonía, precisamente por cuanto les rodea. Ejemplos de esto los hay a millares, desde las culturas mesopotámicas o las egipcias a las más nuevas expresiones de la escultura y la arquitectura. Y comprendemos, también, el buscar dentro de formas concretas cavidades que alienten las más variadas emotividades. Pero aquí, como en el ejemplo del vaso resucitado, cabe su empleo con una gran dosis de prudencia nada más.

Hablábamos antes de la capacidad imaginativa y de cuál sería el camino para aquéllos que no tuviesen ninguna. No hay duda que después de todos estos razonamientos, el mejor es el de la visión de Fuenterrabía en el siglo XVII. Nosotros, en cambio, en este caso estamos con los imaginativos, y no por ello nos desdecimos de nuestra anterior afirmación, cuando ante el dilema nos declarábamos partidarios del recinto amurallado completo.

Imaginar es una forma innata del cultivo de la inteligencia. Y, consecuentemente, meditar sobre las cosas es dar reposo y discriminación a lo que en un principio se pensó. Proclamamos ya, ante esa alternativa, cuál era nuestra preferencia, pero en este imaginar cabe dar paso a dos soluciones factibles. Dar por hecho, aquello que no puedan concebir los que no comparten con nosotros la imaginación, y dejar un margen de ella en lo que pueda concebirse sin que un volumen esté. Tenemos entonces un camino que se nos irá abriendo a medida que surjan los trabajos sucesivos a este estudio; los perfiles definidos de las murallas; la conciencia de que hay que buscar los restos por medio de unas excavaciones; el recuento de unas piedras que irán apareciendo inevitablemente; la posibilidad de una vegetación que cubrirá con la teoría del vaso micénico las partes inimitables; los detalles acabados de unas entradas y unos sistemas defensivos; las líneas fundamentales que fueron frontera de aquel

NOTA ADICIONAL AL ESTUDIO HISTORICO

De acuerdo con la Ley de 12 de mayo de 1956, sobre Régimen de Suelo y Ordenación Urbana, este trabajo consta de los documentos exigidos por la legistación referida en el Título Primero, artículo 10, núm. 2, letras de la a) a la e), teniendo además en cuenta el espíritu que encierra el artículo 14, núm. 1, letras de la a) a la f), cuya calificación inserta este proyecto como «plan especial».

Ahora bien, en lo que el artículo 10, núm. 2, apartado a), dice en relación con la memoria justificativa: «medios económico-financieros disponibles y que deberán quedar afectos al plan», debemos hacer constar que aquéllos dependerán en este caso concreto de los presupuestos que el Excmo. Ayuntamiento de Fuenterrabía habilite y de las gestiones que realice cerca de los departamentos ministeriales a cuya competencia este proyecto alcanza: Ministerio de Educación Nacional, Ministerio de la Guerra, Ministerio de Información y Turismo y Ministerio de la Vivienda.

Para la ejecución de las diversas partes del proyecto, éste se ha dividido en polígonos de actuación diferenciados unos de otros. Dadas las características de plan especial, se han seguido los sistema de expropiación y cesión de terrenos viales. En virtud del primero de ellos quedan sometidas a expropiación, de acuerdo con los datos aportados en el proyecto las fincas: 16, 38, 40, 93, 120, 145, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198 y 199.

En virtud del segundo, quedan definidos los límites de los polígonos del 1 al 23, y sujetos a lo establecido para este sistema, en los artículos 129 y 130 en todos sus apartados de la Ley de 12 de mayo de 1956 sobre Régimen de Suelo y Ordenación Urbana.